



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

ENSEÑAR

Cuentan que un profesor de pedagogía dijo a sus alumnos el primer día de curso: “He dedicado todo el verano a enseñar a hablar a mi perro. Está ahí fuera. Si quieren lo traigo para que les haga una demostración”. Los alumnos asintieron encantados. El profesor introdujo al animal, que se tumbó confortablemente delante de la mesa. Pasaron cinco minutos sin que dijera una palabra. Pasaron diez y el mutismo continuaba. Al fin, uno de los alumnos dijo en voz alta lo que todos pensaban

en silencio: “Señor profesor, su perro no habla”. “Tengan en cuenta que yo les he dicho que había enseñado a hablar a mi perro, no que mi perro hubiera aprendido. No olviden esta diferencia en su trabajo como maestros”.

Suelo contar esta anécdota a mis colegas. En castellano, *enseñar* es una palabra casi equívoca, porque tiene dos significados diferentes. El primero: mostrar. El segundo: hacer aprender. En este sentido, sólo cuando algo se ha aprendido puede decirse que ha sido enseñado. El profesor no lo había hecho con su perro. Ambos significados se unificarían si fuéramos inteligencias perfectas. Bastaría entonces contemplar lo mostrado para aprenderlo. Supongo que en algo así pensaría Platón cuando inventó el mundo de las ideas. Pero era sólo una deliciosa fábula. Les voy a proponer un ejercicio de espeleología lingüística. Vamos a descender

al interior de una palabra para ver lo que guarda. Resulta que entre las dos acepciones del verbo *enseñar* hay una especie de peripecia interna, una pautada distensión, que lleva de una a la otra, y que una vez más me convence de que una lengua es una maravillosa inteligencia colectiva objetivada. Quiero convencerles de que cuando conocemos un idioma poseemos una ingente cantidad de conocimientos implícitos, que todos podemos hacer explícitos si queremos. Somos sabios sin saberlo. Analicemos, por ejemplo, la palabra *furia*. Significa la respuesta a una ofensa o una agresión.

**QUIEN
COMPRENDE
TODO
PERO NO SE
ACUERDA
DE NADA,
NADA SABE,
NADA HA
APRENDIDO:
NO HEMOS
ENSEÑADO**

Si el ofendido se venga, se desahoga. Pero si no puede hacerlo, sólo le queda perdonar u olvidar. ¿Pero qué ocurre si ni se venga ni perdona ni olvida? Pues que la furia se queda enquistada, se hace vieja y rancia. Y de la palabra *rancio* viene *rencor*, que es la ira envejecida. ¡Qué fantástica lección de análisis sentimental! Volviendo al caso de hoy. Entre

enseñar-mostrar y *enseñar-aprender* hay un paso intermedio –*ver lo mostrado*–, que no es un acto del docente, sino del discente. Es muy curioso que la palabra *ver* signifique también *comprender*. Nos indica que entender una cosa es paso necesario para aprenderla. Se equivocarían ustedes si pensarán que esto no tiene importancia. Uno de los problemas de la educación actual es que, como reacción a un aprendizaje memorístico, insiste fundamentalmente en la comprensión, y se olvida de que hace falta dar un segundo paso. Después de comprender, hay que guardar en la memoria. Y cuando esto no se hace –por miedo a caer en vicios antiguos– tenemos alumnos que lo comprenden todo pero que no se acuerdan de nada. Y en este caso, nada saben. Nada han aprendido. No hemos enseñado. Miren por dónde, una humilde palabra –*enseñar*– nos ha brindado un breve tratado de pedagogía. ¡Prodigios del lenguaje! ■



Raúl